

PRÓLOGO A *EL LIBRO ROJO*¹

Éste es el libro de la muerte en México. El libro de la sangre que ha enrojecido la tierra, las plazas, los ríos, las piedras de México. El libro de la muerte que no quedó en los dibujos de Posada ni de Diego Rivera, que no quedó en el azúcar ni en la dulce amarilla del pan, sino en la brutalidad, en la cárcel, en la codicia, en la miseria humana que se ha abatido sobre México. En sus páginas se mantiene la memoria de cómo ha sucumbido la vida entre nosotros.

Por la sangre, la traición, el crepúsculo de la vida de traidores y de héroes; por el crepúsculo de la vida de sometidos, de esclavos, de víctimas, enrojece; corre sangre enrojeciendo sus páginas, sangre que lo hace un cárdeno grito de vencidos o torturados, un *Libro rojo*. En él, se revela que no proviene de nuestra sangre la tradición del sacrificio humano, sino de la que llegó de España. Que la tradición, el sacrificio de los mejores, la barbarie en las ciudades, nació de las blancas manos de los españoles contra sí mismos, contra indígenas, contra negros, contra Dios, contra la verdad, contra la dignidad; que hicieron del sacrificio humano en México otro de sus legados más profundos, más desoladores. Este libro espanta por la revelación de todo lo que ha sido posible en México, de toda la muerte que ha sido posible padecer en México.

II

En 1870, y a tres años del restablecimiento de la República, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio firmaron los relatos incluidos en este libro. Manuel Payno, nacido en 1810, había recorrido ya para entonces el pináculo de su vida pública y literaria. Había sido meritorio en la Aduana de México y contador en la Aduana Marítima de Matamoros, que fundara con Guillermo Prieto; en 1840, secretario del general Mariano Arista, en el Ejército del

¹ Prólogo a *El libro rojo*, de Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, Delegación Tlalpan del Gobierno del Distrito Federal, 2005, pp. 9-21 (en esta colección).

Norte, y posteriormente jefe de sección, como teniente coronel, en la Secretaría de Guerra; a partir de su nombramiento como administrador general de Renta Estancada del Tabaco y después como contador de la Fábrica Nacional de Tabacos, comenzaría a participar en el ramo de Hacienda, en donde posteriormente serían más importantes sus servicios públicos. En 1842 fue diplomático en América del Sur; luego se le envió a Nueva York y Filadelfia a estudiar su sistema penitenciario, de donde regresó para advertir al gobierno de la inminente expedición militar de Taylor contra México; al ocurrir esa ocupación estadounidense le tocaría establecer, mientras participaba en las guerrillas, un servicio de correo secreto desde el mismo puerto de Veracruz, en ese momento ocupado por los invasores. En 1850 secretario de Hacienda, logrando entonces magníficas medidas en la negociación de la deuda externa, de la que pudo reducir los intereses. Después del destierro y al triunfo del Plan de Ayutla, volvió, en 1855, a ocupar el puesto de secretario de Hacienda hasta el año de 1858. En 1863 fue encarcelado por las fuerzas conservadoras y a la llegada de Maximiliano, puesto en libertad. Al restaurarse la República lo eligieron diputado por Tepic, puesto para el que lo reeligieron tres veces.

En literatura había publicado ya dos de sus obras más importantes: *El fistol del diablo* y *El hombre de la situación*; también sus *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*. De temas históricos había publicado el *Compendio de la historia de México* (de uso oficial en las escuelas primarias), y varios opúsculos sobre Iturbide, las relaciones entre Estados Unidos y México, la ocupación estadounidense y el golpe de Estado de 1857. De asuntos económicos ya era autor de *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención francesa y del imperio (1861-1867)* y *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia*.

Si Manuel Payno era ya, a sus 60 años, una figura notabilísima en el momento en que redactaba *El libro rojo*, Vicente Riva Palacio, a los 28, había desplegado también, por su parte, una enorme labor como militar y escritor durante las álgidas convulsiones civiles en México. Nacido en 1832, y nieto por línea materna de Vicente Guerrero, concluyó sus estudios de Derecho en 1854; en la lucha contra la intervención había iniciado su brillante carrera militar, primero, armando por su cuenta un grupo junto al cual entabló lucha de guerrillas y, luego, en 1863, como gobernador del Estado de México

y triunfante defensor de la plaza de Zitácuaro ante los embates de los ejércitos enemigos. En 1865, durante la resistencia al imperio, fue nombrado gobernador del estado de Michoacán y luego, por la muerte del general Arteaga, jefe del Ejército del Centro. Cuando el territorio de Michoacán fue recuperado por la República, entregó el mando del Ejército del Centro y organizó una nueva brigada con la que recuperó la plaza de Toluca en el año de 1867; poco después, durante ese mismo año, participó con los ejércitos que comandaba el general Escobedo en el sitio a la ciudad de Querétaro; curiosamente su padre, don Mariano Riva Palacio, sería designado días más tarde por el propio Maximiliano, al lado de otros juristas, su abogado defensor en el proceso que le siguieron como prisionero de guerra. Una vez restaurada la República, renunció a sus cargos militares y al gobierno del estado de Michoacán y retornó a la Ciudad de México. Fue entonces cuando se entregó a una labor intensa de investigación que fructificó en varios libros y en el inmenso influjo de su actividad intelectual en el México de su tiempo. Tal labor, plasmada en el periodismo, la literatura y la historia, se vería interrumpida aun varias veces por sus responsabilidades políticas e incluso por el encarcelamiento. Llegó a magistrado en la Suprema Corte de Justicia, secretario de Fomento y diplomático en Madrid.

Para 1870, Vicente Riva Palacio era ya autor de un buen número de obras que aparecieron en los tres o cuatro años inmediatos a la publicación de *El libro rojo*. En 1868 había publicado la novela histórica *Calvario y Tabor*, así como dos de sus primeros trabajos sobre la Inquisición: *Moja y casada, virgen y mártir*, y *Martín Garatuza*. En 1869 aparecieron *Las dos emparedadas* y *Los piratas del Golfo*. En 1870 publicó otra novela histórica, *La vuelta de los muertos* y, al año siguiente, junto con *El libro rojo* sus obras dramáticas en verso, *Las liras hermanas*.

La idea de *El libro rojo*, constituía pues, un paso en la evolución de su pensamiento histórico y narrativo. Su literatura, fuertemente vinculada con la pasión histórica y con el desentrañamiento de México, le permitiría recoger, con gran claridad selectiva, ciertos momentos cruciales de historia de México. No se trataba, como aclararemos más adelante, de un libro que registrara los hechos más atroces, sino aquellos que ilustraran sólo la evolución que esos sacrificios significaron en la historia de México. Podemos vislumbrar, ya en ese momento, al Vicente Riva Palacio que cuatro años

más tarde fundaría el célebre diario político *El Ahuizote* (desde el que atacaría al gobierno de Lerdo de Tejada), o al historiador que concertaría espíritus y lograría concretar la obra magna de *México a través de los siglos* (de cuyo segundo tomo, dedicado al virreinato, sería el autor) antecedente, por supuesto, de la tarea que, exactamente un siglo después, emprendería entre nosotros con la historia moderna, Daniel Cosío Villegas.

III

La posición literaria y política de Manuel Payno y de Vicente Riva Palacio en 1870 puede permitirnos, pues, una comprensión muy amplia de *El libro rojo*; fundamentalmente, la *intención* de situarlo entre los años límites de 1521 y 1867, y la *intención* de su estructura y contenido. A menudo el remate de cada texto contiene la voluntad expresa, la razón explícita de por qué fue seleccionado ese hecho; en otros, aunque pareciera más difícil entender su inclusión, podemos apreciarlos también (en el contexto general del libro), dentro de una visión progresiva de la civilización en México.

Manuel Payno y Vicente Riva Palacio podían sentirse, en ese año de 1870, a tres años de la muerte de Maximiliano y del restablecimiento de la República; después del proceso de disensiones civiles que supuso la Reforma; de la Constitución de 1857 y de la ocupación y movilidad políticas de los cuadros dirigentes de ese siglo; de haber resistido la invasión estadounidense y la invasión francesa; de haber visto derrumbarse en un mismo siglo dos voluntades europeas queriendo dominar México; y después de toda esa larga lucha social y personal; repito, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio podían sentirse testigos del primer momento, en realidad consistente, de la Independencia de México. Podían creer, quizá gozar del raro privilegio de ver, desde esa recién adquirida libertad del país, como una inmensa, inacabable llanura que ya había traspuesto toda su historia. Podían creer que la historia del yugo había terminado, que era el momento de volver a mirar el camino recorrido, hacer un recuento de los muertos, de los sacrificios, de los reveses. *El libro rojo* aparecería como un registro singular de la muerte que México vivió durante ese proceso de su civilización.

Su talento de narradores fue primordial para la excelencia de sus textos. Su idea directriz y la visión totalizadora de la obra en la historia mexicana, les llevó a afirmar, como Manuel Payno lo hizo en Alonso de Ávila, que en estos estudios no hacemos sino animar a los personajes y ponerlos en un

instante de bulto ante el lector, pero conservando en todo la verdad histórica+.

Esta confluencia con la historia debe explicarse también por la que tuvo el romanticismo de origen inglés en la novela histórica. El costumbrismo y la novela en Payno y Riva Palacio marcaron especialmente su inclinación por dichos géneros, que de por sí son difíciles de distinguir a fondo: el relato hecho histórico y el relato de un hecho no histórico, pero verosímil. Es claro que poner a los personajes por un instante de bulto+ es más que una adaptación de fuentes documentales: es una creación literaria. Estas fronteras móviles darán cuenta, después de la evolución paulatina hacia el realismo y naturalismo que enriquecerá la literatura mexicana y dará origen al despertar, de una idea de mexicanidad en las letras, a un planteamiento de literatura nacional ante corrientes universalistas. No podemos dudar de que en México se efectúa un ejercicio literario ligado a una base histórica, y por ello, emparentado con el arte de Payno y Riva Palacio, podríamos confundir incluso la calidad testimonial de varias obras con la significación literaria que *per se* tienen, como fue el caso de Heriberto Frías, gran parte de la obra Martín Luis Guzmán y, para citar uno específicamente, *La conjura de Xinum*, de Ermilo Abreu Gómez.

De esta manera, como en muchos otros periodos románticos y de gestación del realismo, también en México el cultivo de esta literatura histórica o de esta historia literaria ha sido persistente y fundamental para el desarrollo de nuestra literatura, en especial para la que se vincula con el realismo y con la literatura de compromiso político. *El libro rojo* es parte de esa tradición y deben verse esos artículos+, así llamados por sus autores, como una muestra de lo mejor del género del cuento histórico en el siglo XIX.

IV

Hemos dicho que las obras dramáticas de Vicente Riva Palacio se publicaron en el mismo año que *El libro rojo*. Tales dramas son interesantes porque explican gran parte de la capacidad de Riva Palacio para concertar el trabajo en equipo. Escribió dichos dramas en colaboración con Juan A. Mateos, un escritor menos talentoso, apenas un año mayor que él, seguidor también del Plan de Ayutla y al igual que Payno, regidor del ayuntamiento bajo el imperio, secretario en la Suprema Corte de Justicia y titular de otros cargos públicos tanto administrativos como de elección popular. Por

invitación de Riva Palacio, *El libro rojo* contiene tres buenos relatos suyos sobre Leandro Valle, Santos Degollado y Nicolás Romero.

También por iniciativa de Riva Palacio, *El libro rojo* contiene una colaboración de Rafael Martínez de la Torre, abogado defensor de Maximiliano en el juicio a que se le sometió durante su prisión en Querétaro. Por la imparcialidad, por la dignidad, por la admirable capacidad de los autores, se le permitió a Martínez de la Torres escribir el texto con que se cierra *El libro rojo*: el dedicado a Maximiliano, texto retórico y pomposo, pero que ha dejado hablar a los vencidos.

V

En el relato dedicado a Comonfort, Payno afirma que en *El libro rojo* se propusieron consignar ~~el~~ funesto fin de hombres célebres y distinguidos en las edades de nuestra historia+. En el texto dedicado a Leandro Valle, Juan A. Mateos dirá que es una galería de relatos históricos. Si bien el carácter histórico es siempre innegable, en algunos no se consigna el fin de hombres distinguidos, pues, a veces, el libro se vuelca hacia el campo de la leyenda, hacia la nebulosa zona romántica que los escritores de novela histórica del costumbrismo buscaban.

De cualquier manera, mucho podemos aprender de este libro. En especial, dentro de un cierto maniqueísmo esquemático, que la nobleza se ha unido en México a menudo a la ingenuidad, y por ello a la muerte.

Dentro de las historias de figuras propiamente individuales, la de Moctezuma, Xicoténcatl y Cuauhtémoc ponen de relieve que los dos últimos monarcas de México murieron bajo la brutalidad y traición del español, pero que el primer caudillo que luchó por la libertad, Xicoténcatl, fue ahorcado en sus propios dominios.

Son especialmente importantes los relatos que Vicente Riva Palacio dedicó a Rodrigo de Paz, ~~el~~ primer revolucionario de México, víctima, como todos, de la ingratitud de los mismos hombres que le debían el poder de que gozaban+, y a Los dos enjaulados, Gonzalo de Salazar y Peralminde Chirino, ~~los~~ primeros tiranos que tuvo México después de la conquista+. Rodrigo de Paz la primera víctima española de las rencillas, deslealtades, corrupción política y codicia desenfundada de los españoles. Fue vilmente, horrorosamente sacrificado, atormentado, torturado por sus verdugos; quienes después serían enjaulados y humillados; luego puestos en libertad;

y posteriormente rehabilitados; luego otra vez traicioneros con Hernando de Soto, y nunca su fin a la medida de crueldad que desplegaron. Ante estos dos relatos comprendemos que en México perdonamos la vida al tirano, pero castigamos al que nos defiende.

De la vida turbia del poder virreinal ilustra La Sevillana, Alonso de Ávila y don Martín Cortés, El tumulto de 1624, El tapado y El licenciado Verdad. Dos de ellos, los que tratan de la conjura de Martín Cortés, son especialmente notables. Se ve en ellos que la primera señal de conjura independentista, el primer intento de soltar los lazos de la corona española para independizar a la Nueva España, partía del sentimiento de propiedad que tenían los hijos de los conquistadores, no de la defensa del país mismo. El visitador Muñoz, sin duda ~~el~~ segundo tirano de México después de la conquista, fue un segundo Salazar. Concertado con los oidores desató la rapacidad española sobre los propios españoles, para vencer incluso al tercer virrey de México, don Gastón de Peralta, que había querido ~~el~~ salvar el nombre histórico de los españoles, según Payno, al no enviar al patíbulo a la descendencia de Cortés. Ejemplo de la atrocidad, de la ferocidad carnicera española en México, es El tapado, relato que describe los tormentos increíbles que padeció don Antonio de Benavides, visitador del rey, apresado en Puebla y torturado, sacrificado y mutilado en la ciudad de México.

El tumulto de 1624, por su parte, es un relato que ilustra sobre la larga tradición del antagonismo entre la Iglesia y el Estado, sobre la lucha por el poder entre el arzobispado mexicano y el gobierno civil; un ejemplo de la religión como sedición. En El licenciado Verdad, veremos, por ejemplo, arzobispo bendice (después de provocarlos) a los oidores de la Audiencia que asaltan armados el palacio virreinal, aprehenden al virrey Iturrigaray y finalmente, asesinan al licenciado Primo de Verdad, ~~el~~ primer republicano de México, apunta Riva Palacio, quien expresó entre nosotros que la soberanía reside en el pueblo y no en los monarcas.

Los treinta y tres negros es un espantoso relato de una masacre ocurrida doce años antes del tumulto de 1624, resultado de la represión brutal, de la salvaje furia española contra el pueblo negro, esclavizado en México. Dicha masacre, perpetrada después de una lucha pacífica por la libertad, por la dignidad; después de haber concertado la paz con un reducto de negros fugitivos, ilustra perfectamente que la brutalidad en nuestro suelo mexicano,

que los sacrificios de grupos, de masas, de niños, de mujeres, no son una herencia de costumbres indígenas, de muertes rituales indígenas, sino de la pasión destructora europea. El odio, la crueldad, han sido de las más arraigadas vocaciones que dejó el conquistador en México.

En tres capítulos presenta Vicente Riva Palacio el caso inquisitorial de la familia Carbajal, torturada y asesinada por su fe judaica. Lo sanguinario, la crueldad de sus métodos, la increíble ceguera religiosa de los inquisidores, se despliega en los documentos presentados. Después de leer esos capítulos, la ejecución de las víctimas del Santo Oficio aparece como un nuevo *pan y circo* de la nueva Roma.

Los conceptos devotos del Auto de Fe de 1601 son aberrantes en muchos momentos, como el considerar a San Pedro el primer inquisidor de la Iglesia, o al elogiar *la* mucha compostura y quietud de la gente+ que contemplaba la incineración de las víctimas.

De la época colonial *El libro rojo* incluye otros relatos de contenido quizá menos político. El de fray Marcos de Mena, por ejemplo, sobre el único sobreviviente de la masacre que perpetraron tribus de las costas de Florida sobre los náufragos de una expedición, Payno tuvo buen cuidado en decir de esas tribus que quizá había llegado *ya* su conocimiento la conducta atroz de los conquistadores con la raza indígena+, y que, por ello, *se* deseaban una sangrienta y señalada venganza+. Por otro lado, don Juan Manuel refiere que la leyenda de aquel hombre que antes de matar a sus víctimas les preguntaba la hora, encubría, tal vez, una persecución política. En La familia Dongo se cuenta del asesinato más espeluznante de que se tuvo memoria en la Colonia; muy útil es que Payno aclare que no se debió a hombres de condición humilde, sino a *tres* españoles, de una condición y clase no común+.

En La peste, Vicente Riva Palacio halla ocasión de celebrar justificadamente la solidaridad y abnegación que las órdenes religiosas mostraron durante la peste en 1577. Se trata, sin duda, de los primeros religiosos de evangelización de México (a los lectores de nuestro tiempo, esa solidaridad posiblemente les recuerde la de la sociedad civil en los días que siguieron al terremoto de la Ciudad de México en 1985).

VI

Hasta aquí los relatos del México novohispano. Poco menos de la otra mitad del libro se dedicó a episodios del siglo XIX, en especial a víctimas de la guerra de Independencia y de Reforma. La traición, la villanía, la crueldad, como circunstancia fatal de hombres magnánimos, es una constante en esta parte. Protagonistas notables del tiempo a que corresponden los episodios registrados . especialmente Vicente Riva Palacio, quien tuvo bajo sus órdenes importantes y en ocasiones decisivas brigadas bajo su mando. señalan a menudo como los próceres liberales perdonaban la vida a los prisioneros conservadores para años después verse victimados por las órdenes de aquellos a quienes habían protegido, como ocurrió con Valle y con Santos Degollado. Pero, en otros casos, los próceres cayeron abatidos por hombres que les debían no sólo gratitud, sino respeto: como Iturbide y Vicente Guerrero. En efecto, si bien algunos de los próceres de la Independencia murieron luchando contra los ejércitos de la corona española, precisamente los que consumaron la Independencia, Iturbide y Guerrero, murieron a manos de los mismos mexicanos. Singular destino, pues, del de México: matar a sus propios libertadores. Singular destino que parecería repetirse en los casos de Rodrigo de Paz, de Gastón de Peralta o de Xicotécatl. Singular destino que parecería provenir, como a veces escuchamos en nuestros días, de la tradición indígena del sacrificio ritual; pero no olvidemos que fueron los criollos quienes les dieron muerte, ascendidos al poder, criollos que impondrían toda tradición posible, pero no, ciertamente, la indígena. Fue la tradición de letrados criollos, el agravio de nuevos políticos, el desagrado de revolucionarios de burocracia, el deseo de poder, la disputa civil de los corredores, la que derrotó a Guerrero.

Algunas observaciones son importantes en estos textos sobre el siglo XIX. Por ejemplo, la de que sacerdotes del bajo clero . quizá los más semejantes a aquellos evangelizadores y enfermeros de la peste de 1577 que Riva Palacio elogió. luchaban por la independencia, mientras que los jefes eclesiásticos lo hacían por el poder y sus privilegios, como se narra en El tumulto de 1624 y en El licenciado Verdad. Interesante es también el señalamiento de Payno de que en la sangrienta toma de Granaditas era como si el pueblo se vengara, hasta entonces y de manera inaudita, de las matanzas de los conquistadores.

El carácter cruel y traicionero de estos episodios del siglo XIX tiene como protagonistas, en manos de Riva Palacio, de Payno y del invitado Juan A. Mateos, a los últimos defensores de la corona española y después, a los conservadores que propugnaban por el establecimiento del imperio de Maximiliano. La increíble barbarie de los conservadores alcanza su clímax, no en asesinatos de próceres liberales, sino en la masacre de decenas de civiles y de médicos de guerra (caso insólito en la historia del mundo y, sin duda, una de las páginas más brutales y sanguinarias del orbe) como la de los mártires de Tacubaya.

Finalmente, como notables liberales que fueron, el episodio que cierra el libro, el menos literario y de menor calidad, es un buen ejemplo de la libertad de espíritu de Riva Palacio y de Payno. Debía corresponder, el último sacrificio consignado en *El libro rojo*, a Maximiliano, pues, según ya hemos dicho, con él consideraron cerrado el periodo del yugo extranjero en México. En lugar de que los liberales redactaran ese episodio, abrieron la galería del libro a Rafael Martínez de la Torre, defensor de Maximiliano en su enjuiciamiento en Querétaro. Bravo ejemplo que habrían aplaudido, como hicieron en vida con sus prisioneros conservadores, Leandro Valle o Santos Degollado.

El amor por México hizo posible que Payno y Riva Palacio se propusieran escribir este libro. El amor por la historia de México, el amor por el dolor de México. Fueron escritores hondamente comprometidos con el curso de este país; y de ninguna manera sometidos al deseo de ser universales por su actualidad europea o norteamericana, por su actitud desdeñosa de lo escrito por mexicanos o de lo vivido por nosotros. A escritores como ellos debemos, algún día, un segundo *Libro rojo*: el que consigne la traición a Carranza, a Francisco Serrano, a Rubén Jaramillo, o que describa episodios dolorosos como la Decena Trágica, la masacre de Tlatelolco en 1968, el asalto al cuartel de Madera o el terremoto de 1985. Páginas enrojecidas con sangre que aún no ha dejado de correr entre nosotros, por la ardiente, humeante sangre que nos cubre con otras páginas, que asciende cubriendo la luz de México como si clamara su crepúsculo mortal, como si clamara su lejana aurora.

Carlos Montemayor